

Organización Social y Política Feminista en Concepción entre los años 2016 y 2019: una Problematización desde la Experiencia Militante y Autónoma

Feminist Social and Political Organization in Concepción between 2016 and 2019: a Problematization from the Militant and Autonomous Experience

CAMILA ELENA INOSTROZA BOITANO

Estudiante Magíster de Estudios de Género y Cultura,
mención Humanidades.
Universidad de Chile
camilainostrozaboitano@gmail.com

RESUMEN

A partir de un relato experiencial sobre la organización social y política feminista durante los años 2016-2019 en Concepción, Región del Bío-Bío, se realiza un análisis -en primera persona- respecto a la evolución de la organización feminista desde tres lugares de enunciación: la militancia partidista, el feminismo autónomo y la construcción de cotidianidad. Posteriormente, se realiza una reflexión teórica, vinculando las distintas experiencias provenientes de estos lugares de enunciación, con las nociones de violencia y separatismo. El objetivo del presente trabajo es evidenciar los cuestionamientos que surgen al calor de una ética feminista.

ABSTRACT

Based on an experiential narration of the feminist social and political organization during the years 2016-2019 in Concepción, Bío-Bío Region, an analysis is carried out -in first person- regarding the evolution of the feminist organization from three places of enunciation : party militancy, autonomous feminism and the construction of everyday life. Subsequently, a theoretical reflection is carried out, linking the different experiences from these places of enunciation, with the notions of violence and separatism. The objective of this work is to highlight the questions that arise in the heat of a feminist ethic.

Palabras clave: *Organización feminista, experiencia, separatismo, ética feminista.*

Keywords: *Feminist organization, experience, separatism, feminist ethic.*

I.- El inicio

Corría el año 2016, la violación y asesinato macabro de Lucía Pérez en Argentina nos removió las entrañas, los miedos, las rabias. Se hizo un llamado a la organización. Fue como una multiplicidad de voces expresando al unísono la necesidad de hacer algo. La voz se fue corriendo, mientras el enojo se expandía. Cuando llegó el día y hora pactados, en el lugar definido, era para no creerlo. Llegaban y llegaban compañeras y compañeros; la habitación pensada para 15, desbordaba de 60, 70 y creciendo... fue la primera vez que veíamos y entendíamos la magnitud del problema.

¿Qué problema era? Es una respuesta que aún tiene bordes difusos, sería incluso arrogante pretender definirlo tan categóricamente. Ahora diríamos que era la violencia horripilante contra los cuerpos feminizados, la expresión más siniestra del heteropatriarcado; pero también es mucho más que ello...

Nosotras, que veníamos de un movimiento político que años después veríamos convertirse en un partido y conformar el Frente Amplio, teníamos ciertas ideas preconcebidas de lo que debía ser y hacer un espacio político. Ese movimiento fue el primer proyecto político con proyección institucional en el que creímos, y del cual estábamos orgullosas. Nos presentamos ese día como militantes, sintiendo el corazón desbordar nuestros cuerpos. Y no entendimos esos ojos suspicaces ante nuestro lugar de enunciación, las miradas furtivas que sospechaban de nuestras motivaciones. Nadie dijo nada y a la vez se dijo todo.

Pero en ese primer encuentro, las presuntas intenciones ocultas no importaron. Estábamos ahí para y por algo más grande. Retomar el camino de las ancestras, quisimos pensar. Encender la llama de los feminismos en la belicosa y fronteriza tierra penquista. Organizar la rabia, pactamos. La categoría mujer inundaba el discurso y los sentires, era la primera vez que la “conciencia” de pertenecer a una “clase” se hacía palpable. Era como estar embriagada, en un éxtasis que excedía nuestras comprensiones del mundo. Así, decidimos convocar a un encuentro conmemorativo en la plaza de Tribunales. No teníamos idea de lo que nos esperaba.

Llegó ese 19 de octubre y la plaza desbordaba, las calles no tenían principio ni fin, aunque las bocinas de autos y micros quisieran abrirse camino. No tenía sentido obviar lo evidente. El llamado organizativo fue expansivo. Era un caos hermoso: sin líderes ni dirigentas ni voceras ni una orgánica. Nadie peleaba por hegemonizar una postura, y aun así, era todo política. El traspaso de los límites de la racionalidad occidental se hizo carne, salpicó de intuición y afectividad algo que, hasta ese momento, sólo podríamos haber imaginado como un movimiento calculado: la correlación de fuerzas, la táctica y la estrategia, la búsqueda de masividad. Fue una explosión política caótica, inorgánica, dolorosa y alegre, y que se encarnaba en esta marea negra, con antorchas prendidas, gritos furiosos y bloques de seguridad. El encuentro devino en marcha, cortamos las calles con la alegría

de sabernos un cuerpo en movimiento, y avanzamos con fuerza y sin dudas, como el río que nos rodeaba.

Terminada la marcha, nos reunimos en la plaza Leftraru, en la icónica entrada de la Catedral. Un movimiento performativo de denuncia contra la ideología judeocristiana. Repetimos los nombres de las asesinadas de ese año, nos quebramos relatando sus últimos segundos de vida, seguras de que podría haber sido cualquiera de las presentes. Y así dimos inicio a un período político de los feminismos y de nuestras vidas, al cual llamamos Coordinadora de Mujeres y Lesbianas Feministas Autoconvocadas.

II.- La Coordinadora de Mujeres y Lesbianas Feministas Autoconvocadas

De esta organización espontánea de la rabia feminista surge la Coordinadora. Más allá de las grandes diferencias que nos separan de la actual Coordinadora, ha sido el espacio político más importante de nuestras vidas. Ahí aprendimos que el “partido” no es la única forma de hacer política, y que había todo un mundo posible de imaginar, de construir... entendimos lo que era pensar en colectivo y desde el amor por primera vez. Vivimos el separatismo político, lo atesoramos con pasión, con deseo, como el descubrimiento que cambió nuestras vidas. En ese momento tampoco sabíamos que sería ese mismo separatismo mujeril lo que nos llevaría a distanciarnos políticamente de este espacio.

Al empezar a activar en el feminismo, como nos gustaba llamarle, comenzaron también las dudas, y con ello, el doloroso camino de derrumbar todos los saberes dados, de problematizar nuestra experiencia política, de cuestionar nuestra matriz de inteligibilidad y de empezar a construir colectivamente nuestro compás ético. De repente, las actitudes de nuestros compañeros, de nuestro movimiento, empezaron a hacer ruido.

La instrumentalización de mujeres para cumplir con cuotas de paridad, el voraz apetito electoral, las maquinaciones y ejercicios de poder en espacios informales, donde sólo tenían cabida

aquellos y aquellas designadas por su trayectoria, por su círculo de amistades o por su posición social, la utilización y apropiación de luchas de movimientos sociales para obtener réditos políticos, la incompetencia en casos de acoso, abuso y otras formas de violencia sexual y laboral, el encubrimiento de acciones violentas, machistas y sexistas de militantes “importantes”, entre otras situaciones. Todo esto y más, nos lleva a un agónico proceso de congelamiento de militancia, y posterior renuncia. Se quiebra la confianza en el proyecto político, se caen las máscaras. Se quiebra el corazón.

Y mientras un espacio se derrumba ineludiblemente, otro espacio se levanta y presenta una nueva posibilidad respecto a la forma de hacer política. Nos reuníamos en una sala de un establecimiento educativo una vez por semana, y discutíamos sobre la caracterización del espacio, los roles y atribuciones de la organización y de cada miembro, hablábamos de orgánica, de deseos, de dolores, de experiencias; la emoción estaba permitida y la contradicción también, no había consensos silenciadores de las diferencias. Decidimos el nombre de mujeres y lesbianas feministas, y que el espacio sería separatista, después de una extensa discusión sobre la necesidad de visibilidad de la organización de las mujeres como clase y de las lesbianas como identidad política. En estas conversaciones, nosotras mirábamos asombradas cómo las posturas eran claras, respetuosas, sintéticas y en un lenguaje coloquial; más que ir a hablar, nosotras estábamos ahí para aprender, para maravillarnos, para “luchar contra la felicidad” (Ahmed 2018 344).

Mientras se discutía, corrían los mates, había espacios dispuestos para compartir alimentos y bebidas, algunas estaban descalzas, otras experimentaban movimientos con sus cuerpos, se pedía permiso antes de tomar una fotografía, se colectivizaba el cuidado de les niños asistentes y al finalizar, salíamos todas entre risas, a esperar que hasta la última tuviera cómo regresar bien a casa. Ahí fue que entendimos que el amor cumple un rol fundamental en la forma de hacer política feminista. No el amor como nos lo habían enseñado –amor romántico–, si no

que el amor traducido en comunicación, comprensión, contención, diversidad, respeto, cuidados, consentimiento, afectividad, emocionalidad, corporalidad, expresión, capacidad de disentir, reconocimiento de la otra persona como sujeto. Como dijieran las Ludditas Sexxuales (2016 19), amor como una “construcción reflexiva” de aquellos elementos que emergen “de los sentimientos más profundos de cariño”.

Si las feministas no contemplamos estas características en nuestras formas de construir ¿qué nos diferencia de la política patriarcal?, ¿un espacio es feminista sólo por levantar demandas sobre y para mujeres y/o personas de la disidencia sexual?, ¿qué pasa con las formas de habitar los espacios?, ¿no debiera ser nuestra praxis prefigurativa del mundo social que esperamos construir? La conclusión a la que llegamos es que el contenido/ fin importa tanto como la forma/ camino.

III.- La cuestión del “ser mujer”

A medida que pasaba el tiempo, los vínculos entre las integrantes se fueron profundizando. De pronto, nacían redes amicales y amatorias que sobrevivirían la disputa ideológica que empezó a resonar en el interior. Otras no. Comenzó una danza entre la intimidad y la ideología, que interpelaba la cuestión identitaria; la frase “lo personal es político” pasaba a cobrar un sentido inesperado.

Si había compañeres que no se sentían identificades con la categoría mujer, ¿cómo seguir? Nos habíamos dotado de una caracterización organizacional que se cimentaba en la liberación de las mujeres como horizonte emancipatorio, pero resultaba que el sujeto político estaba mutando, y eso no fue aceptado de buena forma por algunas miembras. Para entonces, poco rastro quedaba del espacio amoroso del inicio, lo cual, en conjunto con la hegemonía de una postura esencialista del sexo y del género, generó una fuga paulatina, pero sostenida, de integrantes.

Nosotras no entendíamos bien qué estaba pasando. Por un lado, manteníamos el recuerdo vivo de la experiencia de organización política y nos seguía haciendo sentido la idea de una vivencia compartida en virtud de nuestra asignación social como mujeres; por otra parte, personas-mujeres de nuestro alrededor empezaban a transitar hacia la no binariedad o a habitar estéticas e identidades masculinas, y esto nos hacía comprender que las opresiones patriarcales no se restringen sólo a quienes son leídas como mujeres.

Entonces, nos preguntamos ¿Siguen siendo “las mujeres” el sujeto político de los feminismos? ¿Será necesario desechar la categoría mujer, ahora que entendemos que la violencia del patriarcado afecta a otros cuerpos también? ¿Es posible que un sujeto político sea una red de lugares de enunciación que trabajan interconectadamente, sin intentar absorberse?

Estas reflexiones se veían intensificadas por el momento social y político del país. Los años 2018 y 2019 fueron explosivos para los feminismos, y masificaron el movimiento social de forma tal, que ingresó en el sentido común de muchas personas. Salió de la academia, de los libros, de las organizaciones políticas, y llegó de lleno a las conversaciones en cafés, entre amigas, en los almuerzos familiares, en las biografías de Tinder, en los rayados de las murallas de las ciudades.

Pero ¿qué fue lo que se instaló realmente? A ratos, pareciera que una perspectiva que liga inexorablemente feminismo con mujer: mujer madre, mujer víctima, mujer esposa, mujer emprendedora, mujer sobreviviente, mujer liberal. Mientras, por otro lado, el movimiento “homosexual” es cooptado por organizaciones de hombres homosexuales cisgénero, cuyas demandas por mayor integración responden a la mantención de deseos e intereses conservadores, ahogando las voces disidentes que plantean transformaciones radicales.

Bajo esta lectura sociopolítica del momento, y sin tener las ganas ni la fuerza necesarias para disputar “el poder” dentro de la Coordinadora, decidimos emigrar de este espacio que nos vio crecer. No porque ya no creyéramos en los feminismos como

ideología, sino porque era necesario mirar hacia dentro, retomar el camino de la autode(con)strucción, y empezar a construir, en lo cotidiano, la vida feminista que sentimos, pensamos y creemos que es la vida justa.

IV.- La construcción de manada

Desde el cuestionamiento y repudio a la familia heterosexual; desde la necesidad de contar con redes de contención y cuidados; desde la convicción de que no existen espacios 100% seguros, pero que sí se pueden tender puentes a partir de la responsabilidad afectiva; emerge la noción de manada. Una manada entendida como una red de individualidades que, voluntaria y activamente, deciden construir una cotidianidad amorosa, con base en la idea de que los cuidados mutuos y el amor son políticos y revolucionarios, y de que sólo re-articulando la solidaridad interpersonal, se puede disputar la recomposición del tejido social, desgarrado por la dictadura y casi cinco décadas de neoliberalismo.

Entonces la voluntad de vivir una vida éticamente feminista ilumina aquellos rincones descuidados en el activismo político tradicional. Aparecen con más fuerza las contradicciones escondidas tras los afectos y los mandatos sociales. La interpelación se vuelve dolorosa, porque no hay dónde escapar. *No queremos escapar*. Sin búsqueda de mártires ni sacrificios cristianos, la convicción impulsa a pensar, a actuar y a sentir, de forma diferente y coherente con el compás ético que se va articulando.

La disputa de los espacios cotidianos se transformó en nuestra bandera de lucha política. Entendimos que poco sirve la contienda institucional, si no existe un trabajo a nivel simbólico, personal y relacional. En este sentido, cobró especial relevancia la comprensión de que, aunque hay un trabajo individual por hacer, es fundamental que exista un espacio colectivo que sirva de sostén para poder desarrollarlo. Es precisamente aquí, donde se inserta la importancia de la manada, ya que se constituye como

el soporte que permite llevar a cabo los movimientos de(con)structivos a los cuales impulsa la ética feminista. Esto puede implicar: cortar lazos familiares, repensar los límites de cada vínculo, interrogar a nuestras memorias, modificar la forma de relación con una misma, cuestionar la sexualidad y, en general, interpelar todos los saberes-dados

Finalmente, la conclusión a la que llegamos, con estos ires y venires de movimientos y organizaciones, es que sólo a través de un proyecto colectivo, solidario y amoroso, con una ética feminista y voluntad transformadora, se puede generar un “sentido de vida”, un propósito lo suficientemente potente como para resistir al individualismo recalcitrante de la lógica neoliberal.

V.- Reflexiones entre la experiencia y la teoría

En nuestra primera experiencia de militancia política en un protopartido de izquierda, nos vimos enfrentadas a varias formas de expresión de la violencia. Entre ellas, lo que Rita Segato plantea como un vínculo entre violencia y género, expresado en el mandato de la masculinidad y la cofradía entre pares (2021 450). Un ejemplo de esto, es el pacto de silencio que se genera entre hombres, cuando alguno de ellos ejerce acciones que pudieran ser castigables si salieran a la luz pública, y las tácticas utilizadas para silenciar a quienes pretendan exponer estos comportamientos. Esta complicidad entre encubridores es sistemática y avalada por la mayoría de los y las miembros del aparato partidario. En este sentido, es posible plantear que la cofradía entre varones es vigilada, aceptada, permitida y resguardada por las compañeras militantes. Por ello, nos preguntamos: ¿Es que el feminismo es comprendido por las compañeras como un departamento dentro del partido, que atañe sólo a las mujeres? ¿Será que la estructura y forma de funcionamiento del partido no les permite actuar de otra manera? ¿Existen los recursos para lograr disputar las lógicas patriarcales que operan en la interna de los partidos?

Este tipo de prácticas sistemáticas, fueron las que nos llevaron a terminar esa militancia y, al menos por unos años, a comprender el separatismo como una forma de organización útil y pragmática, en tanto permite que las mujeres nos definamos a nosotras mismas, a nuestros deseos y necesidades, en los términos lingüísticos y discursivos que nosotras decidamos, como dice Rorty:

el separatismo feminista puede, como afirma (Adrienne) Rich, tener poco que ver con la preferencia sexual o con los derechos civiles, y mucho con facilitar las cosas para las mujeres del futuro a fin de que se definan a sí mismas en términos que aún no están disponibles (1993 52).

Sin embargo, en las organizaciones y eventos separatistas de mujeres, también ocurrían situaciones que incitaban la reflexión. Por ejemplo, lo que Kirkwood llama el nudo feminista político, es decir, esto que se provoca cuando se encuentran las militantes feministas con las mujeres de partidos en espacios políticos (1986 204). Las militantes feministas atribuyen la presencia de las mujeres de partido a “motivaciones subterráneas de manipulación y control partidario”, sintiéndose amenazadas con su presencia, y convirtiendo el terreno en un espacio disputado (204); mientras que las mujeres de partido ven en estas concentraciones de mujeres “no sólo como vacío teórico, sino también como espacio/terreno apto para implantar la semilla política” (205).

Así fue como comprendimos la suspicacia en los ojos de las compañeras que se reunieron ante el asesinato de Lucía Pérez, cuando dijimos que veníamos de un movimiento-partido político con pretensiones institucionales. ¿Era que íbamos a cooptar el espacio en búsqueda de réditos políticos para nuestra organización?, ¿o sería que realmente teníamos interés en establecer un diálogo y ponernos a disposición del encuentro? Esta situación se repitió innumerables veces en distintos espacios de organización política feminista en Concepción, terminando, casi siempre, de dos formas: se iban las feministas que no querían trabajar con orgánicas partidistas y el espacio se transformaba

en una plataforma o “brazo” de la organización hegemónica, o se iban las mujeres de partido, acusando discriminación y falta de apertura al diálogo. Aparentemente, es un nudo efectivamente inconciliable, al menos por ahora.

Retomando lo planteado respecto al separatismo, y considerando la apropiación y/o creación del lenguaje y su uso de forma estratégica como un elemento fundamental para la consolidación de los sujetos, particularmente para aquellos a quienes se les ha negado históricamente esta condición, como a las mujeres; es posible determinar que el separatismo sigue siendo una opción viable para la organización feminista. En este sentido, la experiencia que se relata en el presente ensayo permite visibilizar que el debate respecto a la fragmentación/amplitud del sujeto político de los feminismos, vienen a complejizar la situación del separatismo. Como señala Luna Follegati:

los feminismos constituyen un lugar de reflexión de las intersecciones, donde se concibe al cuerpo como un espacio atravesado por diversas problemáticas, cruces que configuran una relación contradictoria y compleja en relación a los distintos dispositivos que se introyectan como mecanismos clasificatorios y diferenciadores. Clase, raza, género, sexualidad y nacionalidad serán categorías que dan cuenta de esa complejidad que constituye las identificaciones por donde transitan los cuerpos (2018 275).

Por lo tanto, ¿separatismo de qué o de quiénes? En Concepción, a fines del período relatado (2016-2019), el separatismo comenzó a significar una participación de todas las personas, exceptuando a hombres heterosexuales cisgénero. Por supuesto, seguían existiendo espacios sólo de “mujeres”.

Obras citadas

- Ahmed, Sara. *Vivir una vida feminista*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2018.
- Follegati, Luna. "El feminismo se ha vuelto una necesidad: movimiento estudiantil y organización feminista 2000-2017". *Revista Anales de la Universidad de Chile*, n° 14, serie 7 2018 pp. 261-291.
- Kirkwood, Julieta. *Ser política en Chile: Las feministas y los partidos*. Santiago: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1986.
- Rorty, Richard. *Feminismo y pragmatismo*. 1993. Disponible en http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:filopoli-1993-2-EE677A47-20BD-7D91-B4C8-EA555CFDFC48/feminismo_pragmatismo.pdf
- Segato, Rita. "La guerra contra las mujeres" (fragmento). *Antología Feminista*. Uruguay: Penguin Random House, 2021 pp. 445-468.
- Sexxuales, Ludditas. *Ética amatoria del deseo libertario y las afectaciones libres y alegres*. Isla de Maipo: Askasis Ediciones, 2016.